WILHELM HAUFF

La Caravana





LA CARAVANA

Wilhelm hauff

La caravana



Wilhelm Hauff

Wilhelm Hauff nació en Stuttgart, el 29 de noviembre de 1802. Fue un escritor alemán de la época Biedermeier, miembro de la escuela suaba de poesía. Estudió Teología y Filosofía en esta ciudad, pero sus frecuentes lecturas, y un viaje por el Rhin, le llevaron por el camino literario.

Hauff publicó su primer *Almanaque de cuentos* en 1826. Este año sería clave para el joven poeta y escritor, pues dejaría su trabajo, viajaría por Europa, y escribiría las novelas *Lichtenstein*, inspirada en su admirado Walter Scott, *El hombre en la luna*, una parodia de las novelas sentimentales de su tiempo, y la inacabada *Memorias de Satán*, que recuerda a E. T. A. Hoffmann.

Hauff murió unos días antes de cumplir veinticinco años, el 18 de noviembre de 1827.

La caravana
Wilhelm Hauff

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

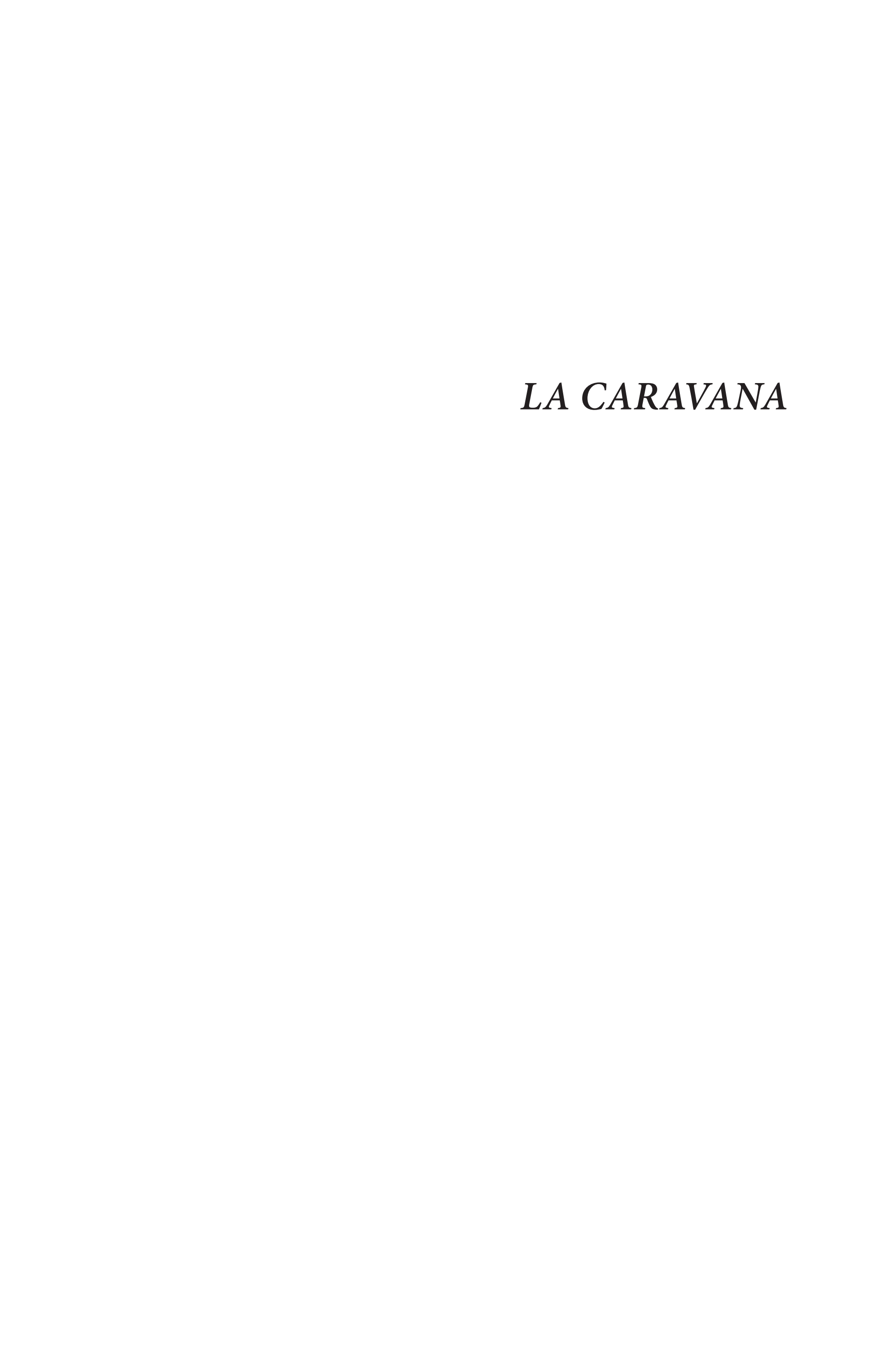
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



LA CARAVANA

Una gran caravana atravesaba el desierto. En la enorme llanura, donde no se ve más que arena y cielo, se oían ya en la lejanía las campanillas de los camellos y los cascabeles de plata de los caballos. La densa nube de polvo que la precedía anunciaba su proximidad y, cuando una corriente de aire partía la nube, las armas centelleantes y las brillantes vestiduras cegaban los ojos. Así se le presentaba la caravana a un hombre que se acercaba por un lado. Montaba un hermoso caballo árabe cubierto con una piel de tigre. De la roja correa colgaban cascabeles de plata, y en la cabeza del animal ondeaba un hermoso penacho. El caballero tenía una apariencia elegante, y sus vestidos correspondían a la magnificencia de su corcel. Un turbante blanco, bordado ricamente en oro, cubría su cabeza. Vestía una levita y amplios pantalones de un rojo espléndido, y una espada con rica empuñadura colgaba de su costado. Llevaba el turbante calado hasta cerca de los ojos: el turbante y los negros ojos, que brillaban bajo espesas cejas, además de una larga barba bajo la nariz aguileña, le daban un aspecto fiero y audaz. Cuando el jinete estuvo a unos cincuenta pasos del principio de la caravana, lanzó a su caballo al galope y en pocos momentos alcanzó a la avanzadilla de la comitiva. Era un hecho tan insólito ver a un jinete solitario cruzar el

desierto, que los guardianes de la caravana, temiendo un asalto, le recibieron con sus lanzas.

—¿Qué quieren? —exclamó el jinete al verse recibido tan hostilmente—. ¿Creen que un hombre solo va a atacar su caravana?

Los guardias retiraron sus lanzas avergonzados, pero su jefe se aproximó al desconocido y le preguntó qué deseaba.

—¿Quién es el dueño de la caravana? —preguntó el jinete.

—No pertenece a un solo dueño —respondió el interrogado—, sino a varios mercaderes que van de La Meca a su patria; vamos guiándolos a través del desierto, porque a menudo atemorizan a los viajeros toda suerte de bandidos.

—Llévame, pues, junto a los mercaderes —Pidió el desconocido.

—Ahora no es posible —respondió el guía—, porque hemos de continuar sin detenernos, y los mercaderes nos

siguen como mínimo a un cuarto de hora de distancia; sin embargo, si quieres cabalgar junto a mí hasta que acampemos para el descanso de mediodía, cumpliré tu deseo.

El desconocido no respondió nada. Sacó una larga pipa que llevaba atada a la silla y comenzó a fumar lanzando grandes bocanadas de humo mientras seguía cabalgando junto al guía. Este no sabía cómo tratar al desconocido. No se atrevía a preguntarle su nombre, y a sus intentos de iniciar una conversación, diciendo que fumaba un buen tabaco o que su caballo llevaba buen paso, el desconocido le había contestado siempre con un breve «sí, sí».

Llegaron, por fin, al lugar donde iban a detenerse para el descanso de mediodía. El guía había dispuesto a su gente como vigilantes y él se detuvo con el desconocido para dejar avanzar la caravana. Pasaron treinta camellos pesadamente cargados, conducidos por hombres armados. Detrás de ellos venían también los cinco mercaderes a los que pertenecía la caravana, montados en hermosos caballos. Eran hombres de edad avanzada, de aspecto serio y reposado; solamente uno parecía mucho

más joven que el resto, más alegre y vivaz. Cerraban la marcha un gran número de camellos y mulas de carga.

Se habían montado tiendas y dispuesto alrededor los camellos y los caballos. En el centro había una gran tienda de seda azul. Allí llevó el jefe de la guardia al desconocido. Al entrar a través de la cortina, vieron a los cinco mercaderes sentados en cojines dorados; esclavos negros les servían manjares y bebidas.

—¿A quién nos traes? —preguntó el mercader joven al guía.

Antes de que este pudiera responder, habló el desconocido:

—Me llamo Selim Baruj y soy de Bagdad. En un viaje a La Meca fui hecho prisionero por un grupo de bandoleros y hace tres días que he escapado de la prisión. El gran profeta hizo que oyera a lo lejos las campanillas de su caravana y así llegué junto a ustedes. Permítanme viajar en su compañía. No prestarán su ayuda a alguien indigno de ella y, cuando lleguen a Bagdad, recompensaré ampliamente su bondad, pues soy el sobrino del gran visir.

Tomó entonces la palabra el más anciano de los mercaderes diciendo:

—Selim Baruj, bienvenido a nuestra tienda. Nos complace auxiliarte, pero en primer lugar siéntate; come y bebe con nosotros.

Selim Baruj se sentó con los mercaderes y comió y bebió con ellos. Después de la comida, los esclavos retiraron la vajilla y trajeron largas pipas y sorbetes turcos. Los mercaderes estuvieron sentados largo tiempo en silencio, lanzando nubecillas azuladas de humo delante de ellos y contemplando cómo subían en anillos y perdían sus formas hasta desaparecer al fin en el aire. Al cabo de un tiempo el mercader joven rompió el silencio diciendo:

—Desde hace tres días cabalgamos sin ninguna distracción. Me siento muy aburrido, pues estoy acostumbrado después de la comida a ver bailar, o escuchar música o canto. ¿No se les ocurre nada, amigos, que nos hiciera matar el tiempo?

Los cuatro viejos mercaderes siguieron fumando y parecían meditar seriamente, pero el desconocido habló así:

—Si se me permite, quisiera hacerles una propuesta. En cada lugar donde nos detengamos, uno de nosotros puede relatar algo a los demás. Esto nos entretendría.

—Selim Baruj, has hablado bien —dijo Ahmed, el más anciano de los mercaderes—. Aceptamos la propuesta.

—Me alegra que les complazca la propuesta —dijo Selim, y, para que vean que no pido nada en vano, seré yo quien comience.

Divertidos, los cinco comerciantes se aproximaron e hicieron sentar al desconocido en el centro. Los esclavos llenaron de nuevo las copas, rellenaron las pipas de sus señores con tabaco fresco y trajeron brasas ardiendo para encenderlas. Selim se refrescó la garganta con un buen trago de sorbete, acarició su larga barba y comenzó:

—Escuchen, pues, la historia del califa cigüeña.

HISTORIA DEL CALIFA CIGÜEÑA

I

Una hermosa tarde, el califa Chasid de Bagdad estaba sentado cómodamente en su sofá. Había dormido un poco, porque era un día caluroso, y después de su sueñecillo parecía muy alegre. Fumaba una larga pipa de palo de rosa, bebía de cuando en cuando un sorbo de café, que le servía un esclavo, y cada vez que lo saboreaba se acariciaba complacido la barba. En definitiva, se veía que estaba muy a gusto. A esas horas se podía hablar muy bien con él, porque siempre estaba muy afable e indulgente, y por ello su gran visir Mansor le visitaba todos los días a tal hora. Aquella tarde también acudió, pero parecía muy pensativo, al contrario de lo que acostumbraba. El califa se retiró un poco la pipa de la boca y dijo:

—¿Por qué tienes una cara tan pensativa, gran visir?

El gran visir cruzó los brazos sobre el pecho, se inclinó ante su señor y respondió:

—¡Señor! No sé si mi cara parece pensativa, pero abajo, a la entrada, hay un mercader que tiene cosas tan hermosas que me irrita no tener mucho dinero de sobra.

El califa, que hacía ya mucho quería dar alguna alegría a su gran visir, envió abajo a su esclavo negro para traer al vendedor. Pronto regresó el esclavo con él. Era un hombrecillo gordo, de rostro moreno y con un traje harapiento. Llevaba una caja con toda clase de cosas, perlas y anillos, pistolas ricamente guarnecidas, copas y peines. El califa y su visir examinaron todo lo que llevaba y finalmente el califa compró para él y para Mansor unas hermosas pistolas, y para la esposa del visir un peine. Cuando el buhonero iba ya a cerrar la caja, el califa observó un cajoncito pequeño y preguntó si también allí guardaba mercancías. El buhonero lo abrió y les mostró una cajita con polvos negruzcos y un papel con una escritura extraña, que ni el califa ni Mansor sabían leer.

—Recibí una vez ambas cosas de un mercader que las había encontrado en La Meca, en la calle, y no sé lo que contienen —dijo el buhonero—. Serán tuyas por poco dinero. A mí no me sirven para nada.

El califa, a quien gustaba conservar viejos manuscritos en su biblioteca, aunque no pudiera leerlos, compró el escrito y la caja y despidió al buhonero. Pensó que le gustaría descifrar el contenido del escrito y preguntó al visir si no conocía a nadie que pudiera hacerlo.

—Bondadosísimo soberano y señor —respondió este—, junto a la Gran Mezquita vive un hombre llamado Selim, el Sabio, que conoce todas las lenguas. Acudamos a él. Tal vez conozca estos misteriosos caracteres.

El sabio Selim fue llamado inmediatamente.

—Selim —le dijo el califa—, se dice que eres muy sabio. Mira este escrito, a ver si puedes leerlo; si lo lees, recibirás un traje de fiesta; si no, recibirás doce azotes en la espalda y veinticinco en las plantas de los pies por llamarte en vano Selim, el Sabio.

Selim hizo una reverencia y dijo:

—¡Cúmplase tu deseo, señor!

Durante mucho tiempo observó el escrito, exclamando de repente:

—Que me cuelguen, señor, si esto no es latín.

—Si es latín, di lo que pone.

Selim comenzó a traducir: «Hombre que has hallado esto, da gracias a Alá por su bondad. Quien aspire los polvos de esta caja diciendo «*mutabor*», podrá convertirse en cualquier animal y entenderá también el lenguaje de los animales. Si quiere volver a su forma humana, ha de volverse tres veces hacia el este y pronunciar esta palabra; pero, cuando estés metamorfoseado, guárdate de reír, o la palabra mágica desaparecerá por completo de tu memoria y seguirás siendo animal».

Cuando Selim terminó la lectura, el califa estaba extraordinariamente divertido. Hizo jurar al sabio que no hablaría a nadie de su secreto, le regaló un hermoso traje y le dejó marchar. Dijo después a su visir:

—¡Esto es comprar bien, Mansor! ¡Cómo me alegra la idea de convertirme en un animal! ¡Mañana por la mañana vendrás aquí y nos iremos juntos al campo, aspiraremos un poco de mi cajita y nos enteraremos de lo que se habla en el aire y en el agua, en los bosques y en los campos!

II

A la mañana siguiente, apenas el califa Chasid había desayunado y se había vestido, apareció el gran visir para acompañarle en su paseo, como le había ordenado. El califa colocó la caja con los polvos mágicos en su cinturón y, después de ordenar a su escolta que se quedara atrás, se puso en camino acompañado solo por el gran visir. Fueron primero por los extensos jardines del califa, pero en vano buscaron algo vivo para probar maravilla. Finalmente, el visir propuso seguir hasta un estanque donde antes había visto a menudo muchos animales, entre ellos cigüeñas, que por su aspecto solemne y el castañeteo de su pico siempre le habían llamado la atención.

El califa aceptó la propuesta de su visir y se dirigió con él al estanque. Cuando llegaron allí, vieron una cigüeña que iba muy seria de acá para allá buscando ranas y castañeteando con el pico de vez en cuando. Vieron también otra cigüeña sobrevolando la zona allá en lo alto.

—Bondadoso señor, me apuesto mi barba —dijo el gran visir— a que estas dos zancudas van a tener una

buena conversación entre ellas. ¿Qué tal estaría si nos convirtiéramos en cigüeñas?

—¡Bien dicho! —respondió el califa—. Pero antes vamos a recordar una vez más cómo convertirnos en hombres. ¡Bien! Inclinarse tres veces hacia el este y decir *mutabor*, y ya soy de nuevo califa y tú visir. ¡Pero, por lo que más quieras, no te rías o estaremos perdidos!

Mientras el califa hablaba así, vio a la otra cigüeña planear sobre sus cabezas y posarse lentamente en tierra. Sacó rápidamente la caja de su cinturón, aspiró una buena dosis, se la ofreció al gran visir, que aspiró a su vez, y ambos dijeron: «*Mutabor*».

Entonces sus piernas se encogieron y se hicieron delgadas y rojas, las hermosas babuchas amarillas del califa y de su acompañante se convirtieron en deformes pies de cigüeña, los brazos en alas, el cuello se separó de los hombros y alcanzó el largo de una vara, la barba había desaparecido, y suaves plumas cubrían su cuerpo.

—Tiene un hermoso pico, señor visir —dijo el califa después de un atónito silencio—. Por las barbas del profeta, en mi vida he visto nada así.

—Mis más humildes gracias —respondió el gran visir con una inclinación—, pero, si se me permite una afirmación, diré que su alteza tiene una apariencia casi más bella como cigüeña que como califa. Pero, si les place, espiemos a nuestros camaradas de ahí y sepamos si verdaderamente entendemos el «cigüeñés».

Entretanto, la otra cigüeña había llegado a tierra. Con el pico se limpió los pies, colocó en orden sus plumas y fue junto a la primera cigüeña. Las nuevas cigüeñas se apresuraron a acercarse y, para asombro suyo, oyeron la siguiente conversación:

—Buenos días, doña Zancuda, ¿tan pronto ya en la pradera?

—Muchas gracias, querida Pico Crotorante. Solo he venido a buscar un desayunito. ¿Le apetece tal vez un cuarto de lagartija o un sapillo?

—Muy agradecida; hoy no tengo nada de apetito. He venido a la pradera por una razón muy distinta. Tengo que bailar hoy ante los huéspedes de mi padre y quiero practicar un poco con tranquilidad.

Al decir esto, la joven cigüeña dio varios pasos con estrafalarios movimientos. El califa y Mansor la miraban asombrados, pero, cuando se quedó apoyada en una pata, en una pintoresca posición y meciéndose gentilmente con las alas, no pudieron contenerse más y de su pico salió una carcajada irreprimible que intentaban contener desde hacía tiempo. El califa fue el primero en recobrarse:

—Ha sido un espectáculo que no se puede pagar ni con oro. ¡Lástima que estos estúpidos animales se hayan espantado con nuestra risa; si no, seguramente habrían cantado también!

Pero entonces recordó el visir que la risa les estaba prohibida durante la metamorfosis. Comunicó al califa su temor.

—¡Por La Meca y Medina! ¡Maldita la gracia que tendría seguir siendo cigüeña! Trata de recordar la palabrita, yo no lo consigo.

—Tenemos que inclinarnos tres veces hacia el este diciendo «Mu-Mu-Mu».

Se colocaron mirando hacia oriente y se inclinaron de modo que casi tocaban la tierra con el pico, pero ¡oh, desdicha!, la palabra mágica se les había olvidado y por más veces que el califa se inclinaba y por más ansiosamente que su visir decía «Mu-Mu-Mu», el recuerdo había desaparecido y el pobre Chasid y su visir eran y siguieron siendo cigüeñas.

III

Anduvieron tristes los embrujados por los campos, sin saber qué podrían hacer en su desdicha. No podían salir de su piel de cigüeña, ni regresar a la ciudad para darse a conocer, pues ¿quién habría creído a una cigüeña diciendo que era el califa? Y, aunque le hubieran creído, ¿habrían querido los habitantes de Bagdad tener una cigüeña por califa?

Así transcurrieron varios días en los que se alimentaban miserablemente de frutos del campo, que por la longitud de su pico no podían comer bien. Por otra parte, no les apetecían nada las lagartijas y sapos, pues temían que se les echara a perder el estómago con semejantes manjares. Su única diversión en esta penosa situación era que podían volar y volaban a menudo sobre los tejados de Bagdad para ver lo que allí sucedía.

Los primeros días advirtieron gran confusión y tristeza en las calles. Pero, alrededor del cuarto día después de su hechizo, estaban posadas en el palacio del califa, cuando vieron en la calle un espléndido cortejo. Sonaban

tambores y gaitas, y un hombre con un manto escarlata bordado en oro cabalgaba un caballo lujosamente enjaezado. Iba rodeado de servidores lujosamente ataviados. Medio Bagdad le seguía y todos gritaban:

—¡Viva Mizra! ¡Viva el señor de Bagdad!

Las dos cigüeñas posadas sobre el techo del palacio se miraron mutuamente y el califa Chasid dijo:

—¿Sospechas ahora por qué estoy encantado, gran visir? Este Mizra es el hijo de mi mortal enemigo, el poderoso mago Kasnur, que en mala hora me juró venganza. Pero no pierdo aún las esperanzas. Ven conmigo, fiel compañero de mi desgracia, vamos a peregrinar a la tumba del profeta. Tal vez el encantamiento se rompa en los santos lugares.

Abandonaron el tejado del palacio y volaron hacia la comarca de Medina.

Pero el vuelo no acababa de salir bien, ya que ambas cigüeñas tenían todavía poca práctica.

—¡Señor! —gimió al cabo de unas horas el gran visir—. ¡Con su permiso, no puedo resistir más, vuela demasiado rápido! Además, ya ha anochecido y haríamos bien en buscar un refugio para la noche.

Chasid atendió el ruego de su servidor, y como abajo, en el valle, divisó unas minas que parecían ofrecer albergue, volaron en aquella dirección. El lugar donde se disponían a pasar la noche parecía haber sido en otro tiempo un castillo. Sobresalían entre las minas hermosas columnas, y varios aposentos, todavía bastante bien conservados, eran testimonio del antiguo esplendor de la casa. Chasid y su acompañante anduvieron por los corredores para buscarse un lugarcito seco. La cigüeña Mansor se detuvo de repente y susurró:

—Dueño y señor, comprendo que tener miedo a los fantasmas es disparatado para un gran visir y más aún para una cigüeña, pero aquí al lado han sollozado y gemido claramente.

El califa se detuvo a su vez y percibió perfectamente un ligero llanto, que parecía proceder más de un ser humano que de un animal. Lleno de esperanza, quiso dirigirse al lugar de donde venían los lamentos, pero el visir le

agarró del ala con el pico y le rogó suplicante que no se lanzara a nuevos e insospechados peligros. ¡En vano! El califa, que incluso bajo las alas de cigüeña albergaba un corazón valeroso, se desasió, no sin pérdida de algunas plumas, y se adentró en un oscuro pasadizo. Pronto llegó a una puerta que solo parecía entornada, al otro lado de la cual percibió claros sollozos mezclados con algún aullido. Empujó la puerta con el pico, pero se detuvo sorprendido en el umbral. En la habitación en minas, escasamente iluminada a través de una ventana enrejada, vio una gran lechuza sentada en el suelo. De los grandes ojos redondos caían gruesas lágrimas y con voz ronca dejaba escapar sus lamentos por el corvo pico. Pero al ver al califa y a su visir, que entretanto se había aproximado, lanzó un gran grito de alegría. Delicadamente se enjugó las lágrimas de los ojos con el ala de manchas marrones y con gran asombro de los dos se dirigió a ellos en correcto árabe:

—¡Bienvenidas sean, cigüeñas, son para mí un buen presagio de salvación, pues una vez me profetizaron que me llegaría una gran felicidad a través de unas cigüeñas!

Cuando el califa se hubo recobrado de su asombro, hizo una inclinación con su largo cuello, colocó sus delgadas patas en una elegante postura y dijo:

—Lechuza, por tus palabras creo que debo ver en ti a una compañera en la desgracia. Pero, ¡ah!, es vana tu esperanza de que por nosotros te llegue la salvación. Tú misma vas a reconocer nuestro desvalimiento cuando hayas oído nuestra historia.

La lechuza le pidió que la contara y el califa le empezó a relatar lo que ya sabemos.

IV

Cuando el califa terminó su narración a la lechuza, ella le dio las gracias y le dijo:

—Escucha también mi historia y entérate de que no soy menos infeliz que tú. Mi padre es el rey de la India, y yo, su única y desgraciada hija, me llamo Lusa. El mismo mago Kasnur que les encantó ha sido también la causa de mi desdicha. Un día se presentó ante mi padre y le pidió mi mano para su hijo Mizra. Mi padre, que es un hombre colérico, le arrojó escaleras abajo. El miserable halló el medio de llegar otra vez cerca de mí y en una ocasión en que quise beber un refresco, tomando la figura de una esclava, me sirvió una bebida que me transformó en este repulsivo animal. Perdí el sentido horrorizada; me trajo hasta aquí y con una voz espantosa me gritó al oído: «Aquí has de permanecer, fea y despreciada incluso por los animales, hasta el final de tus días, o hasta que alguien quiera hacerte su esposa por su propia voluntad, incluso con esta horrible forma. Así me vengaré de ti y de tu orgulloso padre». Desde entonces han pasado muchos meses. Triste y sola vivo como una ermitaña en este muro,

apartada del mundo, siendo un horror incluso para los enemigos. La hermosa naturaleza me está vedada, pues de día estoy ciega, y solo cuando la luna arroja su pálida luz sobre este muro cae de mis ojos el velo que los cubre.

La lechuza había terminado y se volvió a enjugar los ojos con el ala, pues el relato de sus desgracias le había arrancado las lágrimas.

Mientras la princesa hablaba, el califa había estado sumido en una profunda reflexión.

—Si no me engaño —dijo—, hay una relación secreta entre nuestra desgracia. Pero ¿dónde encontrar la clave del misterio?

La lechuza respondió:

—¡Oh, señor, también yo lo sospecho, pues una vez, en mi temprana juventud, una adivina me anunció que una cigüeña me traería una gran felicidad y yo podría saber tal vez cómo salvarnos!

El califa se sorprendió mucho y preguntó de qué modo.

—El mago que ha causado nuestra desgracia —dijo ella— viene una vez al mes a estas ruinas. No lejos de este aposento hay una sala donde suele celebrar banquetes con muchos amigos. Ya les he espiado con frecuencia mientras estaban allí contándose sus vergonzosas fechorías. Tal vez pronuncien la palabra mágica que han olvidado.

—¡Oh, queridísima princesa —exclamó el califa—, dinos cuándo viene y dónde está esa sala!

La lechuza guardó silencio un instante y luego dijo:

—No lo tomes a mal, pero solo con una condición puedo cumplir tu deseo.

—¡Habla, habla! —exclamó Chasid—. Ordena lo que deseas.

—Desearía también liberarme, pero eso solo puede suceder si uno de ustedes pide mi mano.

Las cigüeñas parecieron vacilar algo ante aquel pacto, y el califa hizo señas a su servidor de salir un momento con él.

—Gran visir —dijo el califa junto a la puerta—, es un trato disparatado, pero puedes aceptarlo.

—¿Y que mi esposa me arranque los ojos cuando vuelva a casa? —respondió este—. Además, soy un hombre viejo. Tú eres aún joven y soltero, y sería más adecuado que te casaras con una joven princesa.

—Esa es la cuestión —Suspiró el califa dejando caer las alas abatido—. ¿Quién te dice que es joven y hermosa? ¡Esto es como comprar un gato dentro de un saco!

Siguieron hablando todavía un rato, pero al fin, cuando el califa vio que su visir prefería seguir siendo cigüeña antes que casarse con la lechuza, decidió cumplir él mismo el requisito. La lechuza se alegró en extremo. Les confesó que no podían haber llegado en mejor momento, porque probablemente el mago haría su reunión aquella misma noche.

Abandonó la estancia con las cigüeñas para conducirlas a la sala. Recorrieron durante mucho tiempo un oscuro corredor, hasta que por fin las deslumbró un resplandor que salía de un muro medio derruido. Cuando llegaron allí, la lechuza les aconsejó mantenerse muy callados.

Desde el hueco en el que se encontraban podían ver una gran sala. Estaba rodeada toda de columnas y decorada espléndidamente. Numerosas lámparas de colores sustituían a la luz del día. En medio de la sala había una mesa redonda sobre la que se veían muchos platos exquisitos. En torno a la mesa se hallaba un sofá en el que estaban sentados ocho hombres. En uno de ellos reconocieron las cigüeñas al buhonero que les había vendido los polvos mágicos. Su vecino de mesa le pedía que contara sus últimas hazañas. Entre otras, contó la historia del califa y de su visir.

—¿Y qué palabra les dijiste? —Le preguntó otro mago.

—Una palabra latina muy difícil: *mutabor*.

V

Al oír esto, las cigüeñas desde su agujero quedaron casi fuera de sí de la alegría. Con sus largas patas corrieron tan rápido hacia la puerta que la lechuza apenas podía seguirlas. Allí el califa, emocionado, dijo a la lechuza:

—Salvadora de mi vida y de la vida de mi amigo, acéptame como esposo en eterno agradecimiento por lo que has hecho por nosotros.

Se volvió entonces hacia oriente. Las cigüeñas dirigieron tres veces sus largos cuellos hacia el sol, que precisamente salía detrás de las montañas; «*mutabor*», dijeron, y en un abrir y cerrar de ojos se transformaron, y en el colmo de la alegría por la vida recién recobrada, amo y servidor cayeron uno en los brazos del otro riendo y llorando. Pero ¿quién podría describir su asombro cuando miraron a su alrededor? Delante de ellos estaba una hermosa dama, espléndidamente ataviada. Sonriendo, dio la mano al califa:

—¿Ya no reconocen a su lechuza? —dijo.

Así era; el califa estaba tan encantado de su hermosura y gracia, que exclamó que su mayor felicidad era haberse convertido en cigüeña.

Los tres se trasladaron a Bagdad. El califa halló en sus vestidos no solo la cajita con los polvos mágicos, sino también la bolsa con su dinero. En el pueblo más próximo compró lo necesario para su viaje y pronto llegaron a las puertas de Bagdad. La llegada del califa produjo gran asombro. Le habían dado por muerto y el pueblo se alegró sobremanera de recobrar a su amado soberano.

Pero mucho más se inflamó su odio contra el impostor Mizra. Se lanzaron hacia el palacio e hicieron prisioneros al viejo mago y a su hijo. El califa envió al viejo al mismo aposento del castillo en ruinas donde la princesa había vivido siendo lechuza y le hizo colgar allí. Pero al hijo, que no conocía las artes de su padre, el califa le dio a elegir entre morir o tomar rapé. Como eligió esto último, el visir le presentó la cajita. Una aspiración profunda, y la palabra mágica del califa le transformó en una lechuza. El califa le hizo encerrar en una jaula de hierro que fue colocada en sus jardines.

El califa Chasid vivió muchos años feliz con su esposa, la princesa; sus horas de mayor diversión eran cuando el gran visir le visitaba por la tarde. Hablaban entonces de su aventura y, si el califa estaba muy animado, imitaba el aspecto del visir cuando era cigüeña. Se erguía entonces muy serio y recorría de puntillas la habitación, crotoraba, movía los brazos a modo de alas y mostraba cómo aquel se había inclinado en vano hacia oriente diciendo «Mu-Mu». Para la esposa del califa y sus hijos esta representación era siempre una alegría, pero, si el califa crotoraba y se retorcía demasiado tiempo, gritando «Mu-Mu», el visir le amenazaba sonriendo con revelar a la señora califa lo que se había tratado ante la puerta de la princesa lechuza.

***

Cuando Selim Baruj terminó su historia, los mercaderes se mostraron muy satisfechos con ella.

—Verdaderamente, la tarde se nos ha pasado sin darnos cuenta —dijo uno de ellos, retirando la cortina

de la tienda—. El viento de la tarde sopla fresco y todavía podríamos avanzar un buen trecho del camino.

Sus compañeros estuvieron de acuerdo, se desmontaron las tiendas, y la caravana se puso en camino, en el mismo orden en que había llegado.

Cabalgaron casi toda la noche, porque el día era sofocante y en cambio la noche fresca y estrellada. Finalmente, llegaron a un lugar de acampada conveniente, desplegaron las tiendas y se tendieron a descansar. Los mercaderes obsequiaron al desconocido como si se tratara de su huésped más apreciado. Uno le dio almohadones, otro mantas, un tercero le cedió esclavos. En suma, estuvo tan bien servido como si estuviera en su casa. Ya habían llegado las horas más calurosas del día cuando se levantaron, por lo que decidieron de común acuerdo esperar allí la noche. Después de comer juntos, permanecieron reunidos y el mercader más joven se dirigió al más anciano diciendo:

—Selim Baruj nos proporcionó ayer una tarde divertida. ¿Y si nos cuentas también algo, Ahmed? Puede ser de tu larga vida, que ha conocido muchas aventuras, o bien un bonito cuento.

Ahmed guardó silencio unos momentos, como si dudara para sí entre decir esto o aquello, o no decir nada. Al fin comenzó a hablar:

—¡Queridos amigos! En este viaje se han comportado como fieles compañeros; también Selim merece mi confianza. Por ello, quiero contarles algo de mi vida, que en general no cuento de buena gana ni a cualquiera: la historia del barco fantasma.

HISTORIA DEL BARCO FANTASMA

Mi padre tenía un pequeño establecimiento en Basora. No era ni pobre ni rico, del tipo de personas que no quieren arriesgar algo por miedo a perder lo poco que tienen. Me educó con sencillez y rectitud, y pronto se llegó al punto en que le pude ayudar. Precisamente al cumplir yo los dieciocho años, murió cuando acababa de hacer su primer negocio de mayor envergadura, probablemente por el pesar de haber confiado al mar mil piezas de oro. Al poco tiempo hube de considerarle feliz por haber muerto, ya que unas semanas después llegó la noticia de que el barco al que mi padre había confiado sus bienes había naufragado. Mi espíritu juvenil no podía rendirse ante este accidente. Vendí todo lo que mi padre me había dejado en herencia y me dispuse a marchar para probar suerte en el extranjero, acompañado solo por un viejo servidor de mi padre, que por su antigua lealtad no quiso separarse de mí ni de mi destino.

En el puerto de Basora embarcamos con viento favorable. La nave en la que me embarqué se dirigía a la India. Habíamos navegado ya quince días por la ruta habitual, cuando el capitán nos anunció una tormenta. Su rostro estaba pensativo, pues al parecer no conocía suficientemente las aguas de aquella zona para poder

enfrentarse con tranquilidad a una tempestad. Hizo arriar todas las velas y proseguimos muy despacio. Había llegado la noche, clara y fría; el capitán creía ya haberse equivocado al considerar que se avecinaba una tormenta. De repente, pasó muy cerca del nuestro un barco que no habíamos visto hasta ese momento. De la cubierta partía un griterío de alegría salvaje, que no me dejó de sorprender en aquella hora angustiosa, ante una tempestad. A mi lado, el capitán se puso pálido como un muerto.

—¡Mi barco está perdido! —exclamó—. ¡Ahí viaja la muerte!

Antes de que pudiera preguntarle por su extraña exclamación, se acercaron los marineros gritando fuera de sí:

—¿Has visto? ¡Es nuestro fin!

El capitán leyó sentencias consolatorias del Corán y se puso él mismo al timón. ¡Pero en vano! La tempestad arreciaba por momentos y, antes de que transcurriera una hora, el barco se partió y se detuvo. Se lanzaron al agua los botes y, apenas se habían salvado los últimos

marineros. El barco se hundió ante nuestros ojos y me quedé en el mar como un mendigo. Pero la desgracia no parecía tener fin. La tormenta se hacía más terrible y el bote no se podía gobernar. Me abracé a mi viejo servidor y nos prometimos no separarnos en ningún momento. Al fin amaneció, pero, con el primer rayo de la aurora, el viento hizo zozobrar el bote en el que estábamos y lo volcó. Ya no volví a ver a ninguno de los marineros. El golpe me había dejado sin sentido y, cuando desperté, me encontraba en los brazos de mi fiel servidor, que se había salvado en el bote volcado y me había arrastrado con él. La tempestad se había calmado. De nuestro barco ya no se podía ver nada, pero no lejos de nosotros descubrimos otro barco. Las olas nos arrastraban hacia él. Cuando nos acercamos, reconocí a aquel barco, al que por la noche había pasado junto a nosotros y que tanto había atemorizado al capitán. Me quedé horrorizado ante su vista. Me aterraba la afirmación del capitán, que tan espantosamente se había confirmado, la siniestra apariencia del barco, en el que al llegar cerca nadie respondió por más alto que gritamos. Sin embargo, era nuestro único medio de salvación, por lo que dimos gracias al profeta, que tan asombrosamente nos había preservado.

De la proa del barco colgaba una larga soga. Con todas nuestras fuerzas remamos hacia allí para cogerla. Al fin lo logramos. Una vez más levanté la voz, pero siguió el silencio en el barco. Trepamos entonces por la cuerda, yo delante por ser el más joven. ¡Pero qué espanto! ¡Qué espectáculo se me ofreció cuando pisé la cubierta! El suelo estaba manchado de sangre; veinte o treinta cadáveres, con traje turco, yacían en el suelo. Junto al mástil central había un hombre lujosamente vestido, con el sable en la mano; su cara estaba pálida y desencajada, y atravesaba su frente un grueso clavo que le mantenía clavado al mástil. También él estaba muerto. El terror detuvo mis pasos, apenas me atrevía a respirar. Al fin llegó mi acompañante. También a él le espantó la vista de la cubierta, pues no aparecía nada con vida, solo todos aquellos espantosos cadáveres. Después de habernos encomendado al profeta en nuestra angustia, nos atrevimos a continuar. A cada paso mirábamos a nuestro alrededor por si se presentaba algo nuevo y aún más terrible, pero todo siguió como estaba. En suma, nada vivo excepto nosotros dos y el mar. Ni una vez osamos hablar alto, por miedo a que el capitán muerto clavado al mástil volviera sus ojos fijos hacia nosotros o alguno de los muertos moviera la cabeza. Llegamos a una

escalera que conducía a la bodega. Involuntariamente nos detuvimos y nos miramos, pues ninguno se atrevía a exteriorizar sus ideas.

—¡Oh, señor! —dijo mi fiel sirviente—. Aquí ha ocurrido algo terrible. Sin embargo, aunque el barco esté lleno incluso de asesinos ahí abajo, prefiero entregarme incondicionalmente a ellos antes que permanecer más tiempo entre estos muertos.

Yo pensaba como él. Hicimos acopio de valor y bajamos llenos de esperanzas. También allí reinaba un silencio de muerte y nuestros pasos resonaban en la escalera. Nos detuvimos ante la puerta de la cámara. Pegué el oído a la puerta y escuché, pero no se oía nada. Abrí. La estancia ofrecía un aspecto desordenado. Trajes, armas y otros objetos yacían revueltos. Nada estaba en su sitio. La tripulación o el capitán debían de haber estado bebiendo recientemente, pues todo andaba aún revuelto. Continuamos de una zona a otra, de un camarote al siguiente. En todas partes hallamos grandes cantidades de seda, perlas, azúcar, etc. Yo estaba fuera de mí al ver aquello, pues, como no había nadie en el barco, creí poder apropiármelo todo, pero Ibrahim me advirtió que

probablemente estábamos aún lejos de tierra y que no podríamos llegar solos y sin ayuda humana.

Nos repusimos con la comida y la bebida que encontramos en abundancia y subimos luego a la cubierta. Allí se nos seguía poniendo la carne de gallina ante el terrible espectáculo de los cadáveres. Decidimos librarnos de ellos echándolos por la borda, pero cuál no sería nuestro espanto cuando encontramos que ninguno podía moverse de su lugar. Yacían como pegados al suelo y habría que haber arrancado la madera de la cubierta para separarlos, para lo cual nos faltaban las herramientas. Tampoco el capitán podía ser separado del mástil y ni siquiera pudimos apartar su sable de la mano rígida. Pasamos el día considerando nuestra triste situación y, cuando comenzó a anochecer, permití al viejo Ibrahim echarse a dormir, pero yo quise velar en la cubierta para intentar pedir ayuda. Pero, cuando salió la luna y por las estrellas calculaba que serían alrededor de las doce, se apoderó de mí un sueño tan irresistible que caí sin poderlo evitar detrás de una cuba que se encontraba en cubierta. Sin embargo, se trataba más de un aturdimiento que de sueño, pues oía claramente el mar golpeando en el costado del barco y las velas

crujir y silbar por efecto del viento. De repente, creí distinguir voces y pasos de hombres en cubierta. Quise incorporarme para mirar, pero una fuerza invisible mantenía mis miembros aprisionados, sin que pudiera siquiera abrir los ojos. Las voces se fueron haciendo cada vez más claras. Me parecía como si una tripulación alegre se desplazara por la cubierta. Creía oír entre las demás la voz fuerte de alguien que daba órdenes, al mismo tiempo que percibía con claridad cabos y velas subiendo y bajando. Progresivamente, iba perdiendo la conciencia y caí en un profundo sopor, durante el cual creí oír un estruendo de armas, y no me desperté hasta que el sol estaba ya alto y me quemaba la cara. Asombrado, busqué a mi alrededor el tumulto, el barco, los muertos y lo que en aquella noche había oído y me pareció un sueño, pero al mirar encontré todo como el día anterior. Los muertos yacían inmóviles e inmóvil estaba el capitán sujeto a su mástil. Me reí de mi sueño y me levanté para buscar al viejo.

Este estaba sentado en la cámara muy pensativo.

—¡Oh, señor! —exclamó cuando llegué junto a él—. Preferiría estar en lo más profundo del mar antes que pasar otra noche en este barco embrujado.

Le pregunté cuál era la causa de su preocupación y me respondió así:

—Cuando había dormido algunas horas, me desperté y me di cuenta de que por encima de mi cabeza andaban de acá para allá. Pensé que sería usted, pero eran por lo menos veinte los que andaban arriba. Oí también gritar y llamar. Después descendieron la escalera unos pasos pesados. Entonces ya no me di cuenta de más. Solo de vez en cuando recobraba el sentido por unos instantes y veía al mismo hombre que está arriba clavado al mástil sentado en esa mesa de ahí, bebiendo y cantando; el que yace en el suelo no lejos de él, con un traje rojo escarlata, estaba sentado junto a él y bebían juntos.

Esto me contó mi viejo sirviente.

Pueden creerme, amigos míos, cuando les digo que me sentí muy mal. No era una alucinación, yo había oído a los muertos. Me resultaba tremendo navegar en tal compañía. Ibrahim se hundió de nuevo en profundas reflexiones. Al cabo exclamó:

—¡Ya lo tengo!

Recordó algo que le había enseñado su abuelo, un hombre de experiencia y que había viajado mucho, un conjuro que debía defenderle de cualquier fantasma o aparición. Creía también que a la noche siguiente podría evitar aquel sueño extraño que nos había sobrevenido leyendo muy fervientemente sentencias del Corán. Estuve de acuerdo con el consejo del anciano. Vimos llegar la noche en una tensa espera. Junto a la cámara había un pequeño camarote. Allí decidimos retirarnos. Practicamos varios agujeros en la puerta, suficientemente grandes para poder ver por ellos todo el salón. Cerramos luego la puerta desde dentro lo mejor que pudimos e Ibrahim escribió el nombre del profeta en las cuatro esquinas. Así esperamos el horror de la noche. Serían otra vez alrededor de las doce, cuando sentí un violento sueño. Mi compañero me aconsejó recitar sentencias del Corán, y de hecho esto me sirvió de ayuda. De repente, pareció que se producía animación arriba, las jarcias crujían, andaban sobre la cubierta y se distinguían claramente varias voces. Habíamos permanecido varios minutos en ansiosa espera, cuando oímos bajar la escalera de la bodega. El viejo comenzó a recitar entonces el conjuro que le había enseñado su abuelo contra encantamientos y magia:

«Baja del aire,
sube del fondo del mar,
duerme en la tumba oscura,
acude del fuego:
Alá es tu señor y maestro,
a él obedecen todos los espíritus».

He de reconocer que no creía mucho en aquel conjuro y que los cabellos se me erizaron cuando la puerta se abrió y entró aquel hombre alto magníficamente vestido que había visto clavado al mástil. El clavo le atravesaba también el centro de la frente, pero tenía la espada envainada; tras él entró otro, vestido menos lujosamente, al que también había visto arriba. Era, pues, el capitán sin ninguna duda, tenía el rostro pálido, una gran barba negra y ojos extraviados que recorrían toda la estancia. Pude verle con toda claridad cuando pasó junto a nuestra puerta. Él pareció no prestar ninguna atención a la puerta que nos ocultaba. Los dos se sentaron a la mesa que había en el centro de la cámara y hablaban entre sí casi a gritos en una lengua desconocida. Fueron hablando cada vez más alto y con más vehemencia, hasta que el capitán golpeó la mesa con el puño cerrado de un modo que hizo temblar el recinto. Con espantosas carcajadas saltó el otro e hizo

una señal para que le siguiera. Este se levantó, desenvainó el sable y ambos dejaron la cámara. Respiramos aliviados cuando se fueron, pero nuestra angustia todavía no iba a cesar. En la cubierta había cada vez más ruido. Se oía ir y venir apresuradamente, gritar, reír y sollozar. Al final, se desató un ruido verdaderamente infernal, de modo que creímos que la cubierta se nos vendría encima con todas las velas, el estruendo de armas y los gritos; pero de repente sobrevino una calma total. Cuando después de muchas horas nos aventuramos a subir, encontramos todo como antes; ni uno solo estaba en un lugar distinto, y todos estaban rígidos como la madera.

Así pasamos varios días en el barco, navegando siempre hacia oriente, donde según mis cálculos debía estar la tierra, pero aunque de día hubiera avanzado muchas millas, de noche parecía volver atrás, pues siempre nos encontrábamos en el mismo lugar cuando salía el sol. No podíamos hallar otra explicación que la de que los muertos volvían a navegar cada noche a toda vela. Para evitarlo, antes de que llegara la noche arriamos todas las velas y las recogimos. Como habíamos hecho con la puerta del camarote, escribimos en pergamino el nombre del profeta y el conjuro del abuelo y lo adherimos a las

velas arriadas. En nuestro camarote esperamos temerosos el resultado. Aquella noche el hechizo pareció aún más desenfrenado, pero he aquí que a la mañana siguiente las velas seguían recogidas tal como las habíamos dejado. Durante el día desplegamos solo las velas necesarias para impulsar suavemente el barco y de este modo recorrimos en cinco días un buen trecho.

Al amanecer del sexto día, descubrimos tierra a escasa distancia y dimos gracias a Alá y a su profeta por nuestra asombrosa salvación. Ese día y la noche siguiente nos acercamos a la costa, y en la mañana del séptimo día creímos descubrir una ciudad no muy alejada. Con mucho esfuerzo echamos un ancla al mar, que pronto alcanzó el suelo, botamos un pequeño bote que había en cubierta y remamos hacia la ciudad con todas nuestras fuerzas. Después de media hora penetramos en un río que desemboca en el mar y nos acercamos a la orilla. A las puertas de la ciudad preguntamos por su nombre y nos enteramos de que era una ciudad de la India, no lejos de la región a la que al principio se dirigía nuestro barco. Nos encaminamos a un lugar de descanso de caravanas para recobrarnos de nuestro accidentado viaje. Allí mismo intenté también encontrar a un hombre sabio y

con experiencia, dando a entender al patrón que debía ser uno que entendiera un poco de magia. Me condujo a una casa modesta, en una calle apartada, llamó y me hizo entrar advirtiéndome que solo debía preguntar por Muley.

En la casa vino a mi encuentro un hombrecillo viejo con barba gris y una larga nariz y me preguntó qué deseaba. Le dije que buscaba al sabio Muley y me respondió que era él. Le pedí consejo sobre cómo proceder con los muertos y lo que habría de hacer para sacarlos del barco. Me respondió que la tripulación permanecía encantada en el mar probablemente por algún crimen cometido y que creía que el hechizo se rompería al traerlos a tierra, pero esto no podría hacerse más que desprendiendo las tablas sobre las que yacían. Tenía pleno derecho a apropiarme del barco con todo su cargamento, debía llevar todo en el mayor secreto y regalarle algo de mis abundantes riquezas. Por ello, quería ayudarme con algunos esclavos a sacar fuera del barco los cadáveres. Le prometí recompensarle espléndidamente y nos pusimos en camino junto con cinco esclavos provistos de sierras y hachas. El mago Muley no tenía palabras suficientes para elogiar nuestra ocurrencia de amarrar las velas con las

sentencias del Corán. Decía que este era el único medio de salvación.

Era todavía muy temprano cuando llegamos junto al barco. En seguida pusimos manos a la obra, y en una hora ya había cuatro cadáveres sobre el bote. Algunos de los esclavos debían dirigirse a tierra para enterrarlos allí. Al regresar contaron que los muertos les habían ahorrado el esfuerzo de hacerlo, ya que en cuanto los colocaron sobre la tierra se convirtieron en polvo. Continuamos aserrando las maderas y, antes de anochecer, todos habían sido llevados a tierra. Ya no quedaba a bordo más que el clavado al mástil. En vano intentamos sacar el clavo de la madera. Ninguna fuerza era capaz de desplazarlo ni un milímetro. No sabía qué hacer, ya que no se podía arrancar el mástil para llevarlo a tierra. Muley nos sacó del apuro en esta ocasión, con la idea de enviar rápidamente a uno de los esclavos a traer un recipiente lleno de tierra. Cuando regresó, el mago pronunció misteriosas palabras y echó la tierra sobre la cabeza del muerto. Inmediatamente abrió este los ojos, aspiró profundamente y la herida de su frente comenzó a sangrar. Extrajimos fácilmente el clavo y el herido cayó en los brazos de uno de los esclavos.

—¿Quién me ha traído hasta aquí? —dijo cuando pareció que se había recobrado un poco.

Muley me señaló y yo me acerqué.

—Te doy gracias, joven desconocido, por haberme salvado de un largo martirio. Desde hace cincuenta años, mi cuerpo navega por estos mares y mi espíritu estaba condenado a volver a él cada noche. Ahora, la tierra ha tocado mi cabeza y puedo ir en paz junto a mis padres.

Le rogué que nos dijera cómo había llegado a aquella terrible situación y habló así:

—Hace cincuenta años era yo un hombre poderoso y respetado que vivía en Argelia. El deseo de ganancia me llevó a fletar un barco y ejercer la piratería. Llevaba ya en ello algún tiempo, cuando en una ocasión recogí en Zante a un derviche que quería viajar sin pagar. Mis marineros y yo éramos gente ruda y no considerábamos la santidad de este hombre, sino que yo le traté con sarcasmo. Una vez que por su celo religioso me había reprendido por el mal camino de mi vida, de noche en mi camarote se apoderó de mí la cólera, tras haber bebido mucho con mi timonel. Furioso por las palabras del derviche, que no

habría tolerado que me dijera ni un sultán, me lancé a la cubierta y le clavé mi puñal en el pecho. Moribundo, me deseó a mí y a mi tripulación que no pudiéramos ni vivir ni morir hasta que nuestra cabeza reposara en la tierra. El derviche murió y le arrojamos al mar, burlándonos de sus amenazas, pero aquella misma noche se cumplieron sus palabras. Una parte de la tripulación se rebeló contra mí. Se luchó con horrible saña hasta que mis partidarios fueron vencidos y a mí me clavaron al mástil. Pero tampoco los vencedores sobrevivieron a sus heridas y mi barco fue pronto una gran tumba. También a mí se me extraviaban los ojos, se me cortaba la respiración y pensé que iba a morir. Era solo el espanto lo que me mantenía. La noche siguiente, a la hora misma en que el derviche había sido arrojado al mar, despertamos mis compañeros y yo. La vida había vuelto, pero no podíamos hacer y decir más que lo que habíamos hecho y dicho aquella noche. Así navegamos desde hace cincuenta años, no podemos vivir ni podemos morir, pues ¿cómo podríamos tocar tierra? Con loco empeño, navegábamos siempre con las velas desplegadas en la tormenta, esperando estrellarnos por fin contra algún acantilado y reposar la cansada cabeza en el fondo del mar. No lo logramos. Ahora, sin embargo, voy a morir. Una vez

más, te doy gracias, salvador desconocido. Si los tesoros pueden recompensarte, acepta mi barco como prueba de mi agradecimiento.

El capitán dejó caer la cabeza al terminar de hablar y expiró. Como sus compañeros, inmediatamente se convirtió en polvo. Lo recogimos en una cajita y lo enterramos al llegar a tierra. De allí llevé trabajadores que pusieron el barco en buenas condiciones. Con grandes ganancias, cambié por otras las mercancías que tenía a bordo, contraté marineros, recompensé espléndidamente a mi amigo Muley y me hice a la mar con dirección a mi patria, no sin dar un rodeo en el que hice escala en muchas islas y tierras donde vendí mis mercancías. El profeta bendijo mi empresa. Después de nueve meses llegué a Basora dos veces más rico de lo que me había hecho el capitán al morir. Mis conciudadanos estaban asombrados ante mis riquezas y mi fortuna, y creían, nada menos, que yo había encontrado el valle de los diamantes del famoso Simbad, el Marino. Les dejé permanecer en tal creencia, y desde entonces los jóvenes de Basora, apenas llegaban a los dieciocho años, habían de ir a recorrer el mundo para hacer fortuna como yo. Viví tranquilo y en paz y cada cinco años hacía un viaje a

La Meca para dar las gracias al Señor en su ciudad santa por su bendición y para rogar que admitiera en el paraíso al capitán y a sus hombres.

***

El viaje de la caravana continuó al día siguiente sin incidentes y, cuando se habían repuesto en el campamento, Selim, el desconocido, se dirigió en estos términos a Muley, el más joven de los mercaderes:

—Eres el más joven, siempre estás alegre y es seguro que sabes alguna historia divertida para nosotros. Cuéntanos para que nos reconforte después del calor del día.

—Sí que me gustaría contarles algo que pudiera divertirles —respondió Muley—, pero a la juventud le conviene la modestia en todas las cosas, por lo que mis compañeros de viaje deben tener preferencia. Zaleuco, que está siempre tan serio y pensativo, debería contarnos qué ha hecho su vida tan seria. Tal vez podríamos aliviar

sus penas, si es que las tiene, pues servimos con gusto al hermano, aunque su fe sea otra.

El interpelado era un comerciante griego, un hombre de mediana edad, fuerte y de buen aspecto, pero muy serio. Aunque era un infiel, no musulmán, sus compañeros de viaje le querían, pues les había inspirado confianza y respeto por su forma de ser. No tenía más que una mano, y algunos de sus compañeros sospechaban que tal vez esta pérdida había hecho así su carácter.

Zaleuco respondió a la amistosa petición de Muley:

—Me siento muy honrado por tu confianza; penas no tengo, al menos ninguna en la que me puedas consolar, incluso con tu mejor voluntad. Sin embargo, como Muley parece reprocharme mi seriedad, quiero contarles algo que explicará por qué soy más serio que otras personas. Ven que he perdido la mano izquierda. No me falta de nacimiento, sino que la perdí en los días más espantosos de mi vida. Si soy culpable de ello, si no tengo razón para ser más serio desde aquellos días en que esto sucedió, lo podrán juzgar cuando hayan oído la historia de la mano cortada.



HISTORIA DE LA MANO CORTADA

Nací en Constantinopla. Mi padre era dragomán (intérprete) en la corte turca y además comerciaba en una escala bastante considerable con olorosas especias y sedas. Me dio una buena educación, en parte me enseñaba él mismo y en parte me ponía bajo la dirección de uno de nuestros sacerdotes. En principio, me destinó a continuar con sus negocios, pero, al dar muestras de mayor capacidad de lo que había esperado, por consejo de sus amigos, me orientó a la medicina, con la idea de que un médico que ha aprendido algo más que las charlatanerías habituales puede hacer fortuna en Constantinopla. Frecuentaban nuestra casa muchos francos y uno de ellos convenció a mi padre para que me permitiera viajar a su patria, a la ciudad de París, donde tales cosas se podían aprender gratuitamente y de manera inmejorable. Él mismo se ofreció a llevarme con él a su vuelta sin ningún gasto. Mi padre, que también había viajado en su juventud, accedió; el franco me dijo que en tres meses debía estar listo. Estaba fuera de mí por la alegría de ver lejanas tierras y esperaba con impaciencia el momento de embarcarnos. Por fin, el franco cerró sus negocios y estuvo dispuesto para el viaje. La víspera de la partida, mi padre me llevó a su dormitorio, donde vi sobre la mesa hermosos trajes y armas. Pero sobre todo

atrajo mis miradas un gran montón de oro, pues nunca había visto tanto reunido. Mi padre me abrazó y dijo:

—Mira, hijo mío, te he procurado trajes para el viaje. Estas armas son las que tu abuelo me dio cuando viajé al extranjero; ahora son tuyas. Sé que tú puedes llevarlas, pero no las uses más que cuando seas atacado; entonces te aconsejo ser valiente con ellas. Mi capital no es grande, como ves, lo he repartido en tres partes, una es tuya, otra será mi sustento y mi reserva, y la tercera será un bien intocable, porque te servirá en la hora de la necesidad.

Así habló mi anciano padre, y sus ojos se llenaron de lágrimas, tal vez por la sospecha de lo que sucedería, pues nunca volví a verlo.

El viaje transcurrió sin contratiempos y pronto llegamos a la tierra de los francos. Después de seis jornadas, llegamos a la gran ciudad de París. Mi amigo franco alquiló para mí una habitación y me aconsejó que gastara juiciosamente mi capital, que en total ascendía a dos mil táleros. Tres años viví en aquella ciudad y aprendí lo que ha de saber un buen médico, pero mentiría si dijera que estuve a gusto allí, pues las costumbres de ese pueblo

no me agradaron; solo tenía unos cuantos amigos, si bien estos eran jóvenes nobles.

La añoranza de mi patria se hizo fuerte en mí. En todo el tiempo, no había noticias de mi padre y, por ello, aproveché una oportunidad para volver a casa.

Una embajada del país de los francos se dirigía a la Corte. Me uní a la comitiva como médico de la embajada y regresé feliz a Estambul. Encontré cerrada la casa de mi padre, y los vecinos se asombraron al verme y me dijeron que mi padre había muerto hacía dos meses. El sacerdote que me había enseñado en mi juventud me trajo la llave. Solo y desamparado entré en la casa. Encontré aún todo como mi padre lo había dejado, pero faltaba el oro que prometió dejarme. Pregunté por él al sacerdote y este se inclinó y dijo:

—Tu padre ha muerto como un santo, pues ha legado su oro a la Iglesia.

Esto me resultó incomprensible, pero ¿qué podía hacer? No tenía ningún testigo contra el sacerdote y aún debía alegrarme de que no hubiera considerado también como herencia la casa y las mercancías de mi padre.

Esta fue la primera desgracia que me afligió, pero desde entonces los golpes se sucedieron. Mi fama como médico no acababa de propagarse, porque me avergonzaba actuar como un pregonero de mercado y me faltaba la recomendación de mi padre, que me habría introducido entre los ricos y poderosos, que ahora ya no pensaban en el pobre Zaleuco. Tampoco las mercancías de mi padre hallaban salida, pues los clientes se habían esfumado después de su muerte y solo poco a poco se adquieren otros nuevos. En una ocasión en que reflexionaba desconsolado sobre mi situación, recordé que entre los francos había visto hombres de mi pueblo que recorrían el país mostrando sus mercancías en los mercados de las ciudades. Recordé que se les compraba con gusto, porque venían de lejanas tierras, y que en este comercio se podía ganar el cien por cien. Inmediatamente tomé la decisión. Vendí la casa de mi padre y di una parte del dinero conseguido a un amigo para que me lo guardara; con el resto compré cosas que escasean entre los francos, como chales, sedas, ungüentos y aceites. Busqué lugar en un barco e inicié mi segundo viaje. Pareció como si la fortuna se me hiciera otra vez favorable en cuanto pasé el estrecho de los Dardanelos. Nuestro viaje fue corto y feliz. Atravesé ciudades grandes y pequeñas de

los francos y en todas partes encontré gente dispuesta a comprar mis mercancías. Desde Estambul, mi amigo me enviaba de vez en cuando nuevas existencias y yo me hacía más rico de día en día. Cuando hube ahorrado tanto que creí poder emprender un negocio mayor, me trasladé con mis mercancías a Italia. He de reconocer que mis conocimientos de medicina me proporcionaron no pocas ganancias. Al llegar a una ciudad, anunciaba que se encontraba en la ciudad un médico griego que había curado ya a muchos; y de hecho, mis bálsamos y medicinas me aportaron bastantes cequíes. Así llegué a la ciudad de Florencia, en Italia. Decidí permanecer más tiempo en esta ciudad, en parte porque me encontraba muy bien allí y en parte porque quería descansar de las fatigas de mis andanzas. Alquilé una tienda en el barrio de Santa Croce y, en una hospedería no lejana, unas hermosas habitaciones que daban a una galería. En seguida hice circular anuncios que me dieran a conocer como médico y comerciante. Apenas había abierto mi tienda, los compradores acudieron, y aunque había puesto precios un tanto elevados, vendía más que otros por ser amable y complaciente con mis clientes. Había pasado ya cuatro días gratos en Florencia, cuando una tarde, después de haber cerrado mi tienda y revisado las existencias en mis

cajas de ungüentos, como era mi costumbre, encontré un mensaje en una cajita que no recordaba haber traído. Lo abrí y encontré la siguiente invitación: «Esta noche, a las doce en punto, en el llamado Ponte Vecchio». Pensé mucho tiempo quién podía ser el que me convocaba allí, pero, como no conocía a nadie en Florencia, consideré que tal vez quisieran llevarme en secreto junto a algún enfermo, como había ya sucedido a menudo. Decidí, por tanto, acudir; aunque, por precaución, me ceñí el sable que mi padre me había regalado.

Cuando era ya casi la medianoche, me encaminé al Ponte Vecchio y pronto estuve allí. Lo encontré desierto y decidí esperar hasta que apareciera el que me había llamado. Era una fría noche; la luna brillaba y yo contemplaba las ondas del Amo, que resplandecían al reflejarse su luz en ellas. En las iglesias de la ciudad, dieron las doce. Me volví, y delante de mí se hallaba un hombre totalmente envuelto en una capa roja y uno de sus extremos le tapaban la cara.

Al principio, me sobresalté un poco por su repentina aparición, pero me recobré en seguida y dije:

—Dime qué deseas para haberme hecho venir hasta aquí.

La capa roja se movió y dijo lentamente:

—Sígueme.

No me resultaba nada grato ir solo con el desconocido, me quedé parado y dije:

—No sin que me digas primero a dónde, querido señor. Podrías mostrar tu rostro para que vea si tiene buenas intenciones conmigo.

Él no pareció prestar atención:

—Si no quieres, Zaleuco, quédate —respondió continuando su marcha.

Mi cólera estalló y exclamé:

—¿Crees que un hombre como yo permite que cualquier loco se burle de él y le haga esperar para nada en medio de la fría noche?

Le alcancé con un par de zancadas, le tiré de la capa y grité aún más alto cogiendo con la mano el sable; en la otra quedó la capa, pero el desconocido había desaparecido por la primera esquina. Mi indignación se fue aplacando. Tenía además la capa, que me daría la clave de mi extraña aventura. Me la colgué y me dirigí a casa. Apenas me había alejado cien pasos, alguien pasó a mi lado y me dijo:

—Ten cuidado, conde, esta noche no se puede hacer nada.

Antes de que pudiera mirar a mi alrededor, ya había pasado el que me habló y solo vi desaparecer una sombra entre las casas. Comprendí que sus palabras iban dirigidas al de la capa y no a mí, pero esto no arrojó ninguna luz sobre el asunto. A la mañana siguiente, andaba yo reflexionando sobre qué hacer. Al principio, estaba resuelto a anunciar la capa como la había encontrado, pero el desconocido podía enviar a buscarla a un tercero y yo perdería mi conexión con el asunto. Mientras pensaba, miré la capa con más detenimiento. Era de grueso terciopelo genovés, color rojo púrpura, orlada con piel de astracán y ricamente

bordada en oro. La contemplación de la lujosa capa me dio una idea que decidí poner en práctica. La llevé a mi tienda y la puse en venta, pero a un precio tan alto que estaba seguro de no hallar comprador. Mi intención era mirar bien a los ojos a quien se interesara por la piel, pues estaba seguro de reconocer entre mil la figura del desconocido, que percibí aunque fugazmente al perder su capa. Hubo muchos que se interesaron por la prenda, cuya extraordinaria belleza atraía todas las miradas, pero ninguno se parecía ni de lejos al desconocido, ni estaba dispuesto a pagar por ella el alto precio de doscientos cequíes. Me llamó la atención que, al preguntar a unos y otros si en Florencia se encontraban capas así, todos me respondían negativamente y aseguraban no haber visto jamás un trabajo tan magnífico y elegante.

Iba ya a anochecer, cuando al fin llegó un joven que había acudido otras veces y que también hoy había ofrecido mucho por la capa. Arrojó sobre la mesa una bolsa con monedas y exclamó:

—¡Dios mío, Zaleuco, tengo que conseguir tu abrigo aunque me cueste convertirme en mendigo!

Inmediatamente empezó a contar sus monedas de oro. Me vi en grave aprieto, porque solo había expuesto la capa con objeto de atraer al desconocido, y ahora venía un joven insensato a pagar aquel precio disparatado. ¿Pero qué otro remedio me quedaba? Acepté, pensando en el otro aspecto de la situación, el de ser tan espléndidamente compensado por mi aventura nocturna. El joven se puso el abrigo y se marchó, pero en el umbral se volvió despegando un papel que estaba adherido a la capa, y me dijo tendiéndomelo:

—Aquí hay algo, Zaleuco, que no es de la capa.

Miré con indiferencia la hojita, pero vi lo que llevaba escrito: «Esta noche, a la hora que sabes, trae la capa al Ponte Vecchio: te esperan cuatrocientos cequíes». Quedé como fulminado por un rayo. ¡Así que yo mismo había echado a perder mi fortuna y había errado por completo mi blanco! Sin embargo, no lo pensé dos veces, recogí los doscientos cequíes, alcancé al comprador de la capa y le dije:

—Tome sus cequíes, amigo mío, y devuélveme el abrigo. Me es imposible vendérselo.

Al principio, tomó el asunto a broma, pero, al advertir que iba en serio, se encolerizó por mi pretensión, me trató de loco y finalmente llegamos a las manos. Conseguí arrebatarle la capa y ya me disponía a irme, cuando el joven llamó en su ayuda a la policía y me llevó a los tribunales. El juez estaba muy sorprendido por la acusación y adjudicó a mi contrario la capa. Pero ofrecí al joven veinte, cincuenta, ochenta, hasta cien cequíes, además de los doscientos suyos, si me entregaba la capa. Lo que no lograron mis ruegos lo consiguió el oro. Tomó mis monedas y yo me marché triunfante con la capa, exponiéndome a que en toda Florencia me tuvieran por loco. La opinión de la gente me era indiferente, sabía mejor que ellos que había ganado con el asunto.

Esperé con impaciencia la noche. A la misma hora que el día anterior me dirigí al Ponte Vecchio con la capa bajo el brazo. Al sonar la última campanada del reloj, vino hacia mí la figura de la noche anterior. Sin duda era el mismo hombre.

—¿Tienes la capa? —Me preguntó.

—Sí, señor —respondí yo—, pero me ha costado cien cequíes en efectivo.

—Lo sé; pero mira, aquí hay cuatrocientos.

Contó conmigo las monedas de oro: eran cuatrocientas, en efecto. Brillaban magníficas a la luz de la luna y su resplandor alegraba mi corazón, sin sospechar, ¡ay!, que esa sería su última alegría. Metí el dinero en la bolsa. Quería ver bien al desconocido benefactor, pero llevaba un antifaz detrás del cual me escrutaban agudamente unos ojos negros.

—Le agradezco su bondad, señor —le dije—, pero ¿qué quiere ahora de mí? De antemano le prevengo que no puede ser nada malo.

—Preocupación innecesaria —dijo, poniéndose la capa sobre los hombros—. Necesito su ayuda como médico no para un vivo, sino para un muerto.

—¿Cómo puede ser eso? —pregunté lleno de asombro.

—He venido con mi hermana de tierras lejanas —Me contó haciéndome al mismo tiempo una señal para que le siguiera—. Vivía aquí con ella, en casa de un amigo de mi familia. Mi hermana murió ayer repentinamente de una enfermedad y los parientes quieren enterrarla

mañana. Sin embargo, según una antigua costumbre de nuestra familia, todos han de reposar en el mausoleo del padre. Muchos de los que mueren en el extranjero, reposan allá embalsamados. A mis parientes les concedo solo el cuerpo, pero he de llevar a mi padre al menos la cabeza de su hija para que la pueda ver siquiera una vez más.

Esta costumbre de cortar la cabeza de los seres queridos me pareció un tanto siniestra, pero no me atreví a objetar nada por miedo a ofender al desconocido. Por ello, le dije que podía encargarme de embalsamar el cadáver y le pedí que me condujera junto a la fallecida. No pude resistir el deseo de preguntar por qué había de ser todo tan secreto y en medio de la noche. Me respondió que sus parientes, que consideraban cruel su propósito, se lo impedirían de día, pero, una vez cortada la cabeza, no tendrían mucho más que decir. Habría podido traerme él la cabeza, pero un sentimiento natural le impedía cortarla con sus propias manos.

Entretanto habíamos llegado a una soberbia mansión. Mi acompañante me la señaló como meta de nuestro paseo nocturno. Pasamos junto a la entrada principal y

penetramos por una pequeña entrada, que el desconocido cerró cauteloso tras de sí, y subimos en la oscuridad por una estrecha escalera de caracol. Conducía a un pasillo escasamente iluminado, por el que se llegaba a una habitación que alumbraba una lámpara fijada en el techo.

En esta estancia había una cama en la que yacía el cadáver. El desconocido volvió su rostro pareciendo querer ocultar sus lágrimas. Me señaló el lecho y me ordenó cumplir mi cometido correctamente y con presteza, y se dirigió de nuevo a la puerta.

Saqué el cuchillo, que como médico llevaba siempre conmigo, y me aproximé a la cama. Solo era visible la cabeza del cadáver, pero era tan hermosa que involuntariamente se apoderó de mí la más profunda compasión. El cabello negro se repartía en largas trenzas. Tenía la cara pálida, los ojos cerrados. Primero hice un corte en la piel, al modo de los médicos cuando quieren seccionar un miembro. Tomé rápidamente mi cortante cuchillo y de un solo tajo desprendí la cabeza. Pero ¡horror!, la muerta abrió los ojos y los cerró de inmediato, y parecía que era entonces que exhalaba en el sollozo su último suspiro. De la herida saltó un chorro de

sangre caliente. Me convencí de que era entonces cuando yo había matado a la desdichada, pues no cabía ninguna duda de que estaba muerta, ya que no hay salvación posible de una herida así. Permanecí unos minutos en una angustiosa consideración de lo que había sucedido. ¿Me había engañado el de la capa roja, o tal vez su hermana estaba muerta solo en apariencia? Esto último me pareció más verosímil, pero no debía decir al hermano de la difunta que tal vez un corte menos precipitado la habría despertado sin matarla, y por ello, quise desprenderle por completo la cabeza, pero la moribunda gimió una vez más, se agitó por el dolor y murió. Me quedé sobrecogido y me precipité horrorizado fuera de la estancia. El corredor estaba oscuro, pues la lámpara se había apagado. No descubrí ni rastro de mi acompañante y hube de avanzar en la oscuridad guiándome por la pared para llegar a la escalera de caracol. Por fin la encontré y descendí cayendo y resbalando. Tampoco abajo había ni un alma. La puerta la encontré solo entornada y respiré más libremente al hallarme en la calle, pues el interior de la casa me resultaba insoportable. Espoleado por el terror, corrí a mi casa y me hundí en las almohadas de mi lecho para olvidar el horror que había vivido. Pero el sueño había huido y solo al amanecer se apoderó de mí. Me

parecía probable que el hombre que me había inducido a aquel crimen atroz, que es como entonces lo consideraba, no me denunciara. Decidí dirigirme a mi tienda y continuar en mi negocio, con aspecto despreocupado en la medida de lo posible. Pero, ¡ay!, solo entonces caí en la cuenta de una circunstancia que aumentó todavía más mi preocupación. Me faltaban mi gorra y mi cinturón, así como el cuchillo, y no estaba seguro de si los había dejado en la habitación de la muerta o los había perdido en mi huida. Por desgracia, lo primero me parecía más verosímil y, por tanto, me podrían descubrir.

Abrí el almacén a la hora acostumbrada. Como solía hacer todas las mañanas, acudió mi vecino, que era un hombre hablador:

—¿Y qué me dices del espantoso suceso —comenzó— que ocurrió anoche?

Hice como si no supiera nada.

—¿Cómo puedes no haberte enterado, si toda la ciudad no habla de otra cosa? ¿No sabes que esta noche ha sido asesinada Bianca, la más hermosa flor de Florencia, la hija del gobernador? ¡Ah! La vi ayer, tan feliz aún,

recorrer las calles con su prometido, ya que hoy debían celebrar sus bodas.

Cada palabra de mi vecino era como un pinchazo en el corazón. ¡Y cuán a menudo se repitió mi tormento, ya que todos los clientes me contaban la historia, más espantosa cada vez, pero que en ningún caso podía decir todo el horror que yo mismo había presenciado! Alrededor del mediodía se presentó un hombre del juzgado en mi almacén y me pidió que despidiera a la gente.

—Signore Zaleuco —dijo mostrando los objetos que yo había perdido—, ¿le pertenecen estas cosas?

Consideré si no debía negarlo por completo, pero vi a través de la puerta entreabierta a mi patrón y a varios conocidos que podían testificar contra mí y decidí no empeorar más el asunto con una mentira, así que me reconocí dueño de los objetos que me mostraban.

El alguacil me ordenó seguirle y me condujo a un gran edificio, que pronto reconocí como la cárcel. Allí se me asignó por el momento una celda.

Mi situación me pareció desesperada cuando, al quedarme solo, me puse a reflexionar. Una y otra vez me venía la idea de haber cometido un asesinato, aunque involuntario. Tampoco podía engañarme: el brillo del oro me había deslumbrado, porque en caso contrario no habría caído tan fácilmente en la trampa. Dos horas después me sacaron de la celda. Descendimos varias escaleras y llegué a una gran sala. En torno a una mesa larga, cubierta con un paño negro, estaban sentados doce hombres, en su mayoría ancianos. A los lados de la sala había bancos ocupados por los próceres de Florencia; en las galerías que se hallaban en la parte alta, se apiñaban los espectadores. Cuando llegué ante la mesa negra, se levantó un hombre de aspecto abatido y sombrío, el gobernador. Dijo a los reunidos que, siendo el padre, no quería ser juez en este asunto y que en esta ocasión cedería su lugar al más anciano de los senadores. Era este un anciano de noventa años por lo menos; caminaba encorvado, y sus sienes estaban orladas de escasos cabellos blancos, pero sus ojos brillaban todavía llenos de viveza y su voz era fuerte y segura. Comenzó preguntándome si me confesaba culpable del crimen. Pedí la palabra y

relaté sereno y con voz clara lo que había hecho y lo que sabía. Observé que, mientras hablaba, el gobernador tan pronto empalidecía como enrojecía y, cuando terminé, exclamó encolerizado:

—¡Ah, miserable! ¿Conque quieres cargar sobre otro un crimen que has cometido por codicia?

El senador le censuró la interrupción, ya que había renunciado voluntariamente a su derecho y tampoco estaba probado que yo hubiera cometido un delito por codicia, pues, según su propia afirmación, no le habían robado nada a la difunta. Continuó diciendo que debía informar sobre la vida que había llevado su hija, pues solo así podía averiguarse si yo había dicho la verdad o no. Después levantó la sesión por ese día para, según dijo, investigar en los papeles de la joven que el gobernador iba a entregarle. Me devolvieron a mi celda, donde pasé un día triste con el ardiente deseo de que se pudiera descubrir alguna relación entre la muerta y el hombre de la capa roja. Al día siguiente, entré en la sala del tribunal lleno de esperanza. Había varias cartas sobre la mesa; el viejo senador me preguntó si la letra era mía. Las miré y encontré que debían ser de la misma mano que los dos

mensajes que yo había conservado. Así se lo manifesté a los senadores, pero no parecieron prestar atención y respondieron que yo mismo podía haberlos escrito y así habría sido, puesto que la firma de las cartas era evidentemente una Z, la inicial de mi nombre. Las cartas contenían amenazas a la muerta por el matrimonio que quería contraer.

Parecía que el gobernador les había proporcionado informaciones particulares en relación con mi persona, pues ese día se me trató con más desconfianza y severidad. Para justificarme, me referí a los papeles, que debían hallarse en mi habitación, pero se me dijo que los habían buscado y no habían encontrado nada. Así se desvaneció toda esperanza para mí y, cuando al tercer día fui conducido a la sala, me leyeron la sentencia: probado que había cometido el crimen de que se me acusaba, era condenado a muerte. A eso había llegado: abandonado por todo lo que en la tierra me era aún querido, lejos de mi patria, debía ser ajusticiado a pesar de ser inocente y estar en la flor de mi juventud.

En la tarde de aquel día aciago en que se había decidido mi destino, estaba sentado en mi celda solitaria,

desvanecidas mis esperanzas y con mis pensamientos dirigidos a la muerte, cuando inesperadamente se abrió la puerta y entró un hombre que me contempló largo rato en silencio.

—Así que te vuelvo a encontrar, Zaleuco —dijo.

Al débil resplandor de mi lámpara no le había reconocido, pero el sonido de su voz despertó en mí viejos recuerdos. Era Valetty, uno de los pocos amigos que hice en la ciudad de París cuando estudiaba allí. Dijo que casualmente había venido a Florencia, donde vivía su padre, hombre respetado, y había oído mi historia, por lo que había venido para verme una vez más y oír directamente de mí cómo había podido ponerme en tan tremenda situación. Le conté toda la historia. Pareció muy asombrado y me exhortó a confesarle todo a él, a mi único amigo, y a no morir con una mentira sobre mi conciencia. Le juré con la mayor solemnidad que había dicho la verdad y que no pesaba sobre mí más culpa que la de, cegado por el brillo del oro, no haber reconocido la falsedad del relato del desconocido.

—¿Así es que no conocías a Bianca? —Me preguntó.

Le aseguré que jamás la había visto. Valetty me contó entonces que había en el asunto un grave secreto, que el gobernador había precipitado mi juicio y se había extendido entre la gente el rumor de que yo conocía a Bianca hacía tiempo y que, para vengarme de su matrimonio con otro, la había asesinado. Le hice observar que todo esto cuadraba bien al poseedor de la capa roja, pero que su participación en el hecho no podía probarse con nada. Valetty me abrazó llorando y me prometió hacer todo lo posible al menos para salvar mi vida. Tenía poca esperanza, pero sabía que Valetty era un hombre sabio y conocedor de las leyes y que haría lo que fuera por salvarme. Pasé dos largos días en la incertidumbre, al cabo de los cuales apareció Valetty.

—Traigo un consuelo, aunque doloroso. Vivirás y quedarás libre, pero perderás una mano.

Conmovido, di las gracias a mi amigo. Este me explicó que el gobernador se había mostrado implacable en cuanto a investigar otra vez el asunto, pero que finalmente había concedido, para no parecer injusto, que, si en los libros de la historia de Florencia se hallaba un caso semejante al mío, mi pena se ajustaría a la que allí se impusiera.

Su padre y él habían buscado día y noche en los viejos libros y habían terminado por encontrar un caso muy parecido al mío. La sentencia era que al culpable se le cortaría la mano izquierda, se le requisarían sus bienes y sería desterrado para siempre. Así era también mi condena y debía, por tanto, prepararme para la dolorosa hora que me esperaba. No quiero hablar de esos terribles momentos, en que, en medio de la plaza del mercado, puse mi mano para recibir el tajo, y mi propia sangre se derramó abundantemente sobre mí.

Valetty me acogió en su casa hasta que estuve restablecido y luego me surtió generosamente de dinero para el viaje, ya que todo lo que, con tanto esfuerzo había conseguido, quedó en poder del juzgado. Viajé de Florencia a Sicilia y de allí a Constantinopla en el primer barco que encontré. Mi esperanza estaba en la suma que había entregado a mi amigo, al que también pedí que me alojara en su casa. Pero cuál sería mi sorpresa cuando este me preguntó por qué no me instalaba en mi casa. Me dijo que un extranjero había comprado una casa a nombre mío en el barrio de los griegos, diciendo al vecino que yo llegaría pronto. Inmediatamente me dirigí allí con mi amigo y fui recibido con alegría por todos

mis vecinos. Un viejo mercader me entregó una carta que había dejado para mí el hombre que compró la casa.

La carta decía así:

«Zaleuco:

Hay dos manos dispuestas a hacer que tú no sientas la pérdida de una. La casa que ves y todo lo que hay dentro es tuyo, y todos los años se te entregará lo suficiente para que te cuentes entre los ricos de tus conciudadanos. ¡Ojalá puedas perdonar a quien es más desgraciado que tú!».

Podía suponer quién lo había escrito, pero además el mercader respondió a mis preguntas que había sido un hombre que le pareció un franco, vestido con una capa roja. A decir verdad, sabía de sobra que el desconocido no estaba desprovisto de algún noble propósito. En mi nueva casa encontré todo dispuesto de la mejor manera posible y un almacén con mejor mercancía de la que yo nunca había tenido. Diez años han pasado desde entonces. Más por la vieja costumbre que por necesidad, continúo mi comercio, pero nunca he vuelto a ver aquella tierra en la que fui tan desgraciado. Desde entonces recibo cada año

mil monedas de oro, pero, aunque me complace saber noble a aquel desdichado, no puede el dinero redimir el dolor de mi corazón, pues vive eternamente en mí la espantosa imagen de Bianca muerta.

***

Zaleuco, el mercader griego, había terminado su historia. Los demás le habían escuchado con gran interés; sobre todo el extranjero parecía particularmente conmovido. En alguna ocasión, había dejado escapar profundos suspiros, y a Muley le pareció incluso que tenía lágrimas en los ojos. Hablaron aún mucho tiempo sobre la historia.

—¿Y no odias al desconocido que tan indiferente fue a la pérdida de un miembro tan importante de su cuerpo e incluso puso en peligro su vida? —preguntó el desconocido.

—En efecto, hubo al principio momentos —respondió el griego— en los que mi corazón le acusaba ante Dios de

haber envenenado mi vida, pero hallé consuelo en la fe de mis padres y esta me manda amar a mis enemigos; además, él es aún más infeliz que yo.

—¡Eres un hombre noble! —exclamó el extranjero estrechando emocionado la mano del griego.

El jefe de la guardia interrumpió su charla. Entró en la tienda con aire inquieto, diciendo que no debía prolongarse el descanso porque era en aquel lugar donde solían atacar a las caravanas y que sus vigilantes creían incluso haber visto varios jinetes en la lejanía.

Los mercaderes se mostraron muy inquietos por la noticia, pero Selim, el extranjero, se extrañó por su preocupación, considerando que estaban tan bien protegidos que no tenían que temer ni a una tropa de bandoleros árabes.

—¡En efecto, señor! —Le respondió el jefe de los guardias—. Si se tratara solo de ladrones, se podría descansar sin preocupación, pero desde hace algún tiempo aparece por aquí el temible Orbasán, y más vale estar prevenido.

El extranjero preguntó quién era ese Orbasán, y Ahmed, el anciano mercader, le respondió:

—Corren entre el pueblo todo tipo de leyendas sobre ese extraño personaje. Unos le tienen por un ser sobrehumano, porque a menudo ha vencido con cinco o seis hombres; otros, por un franco valiente a quien la desgracia ha desviado hacia estas tierras; pero lo cierto es que es un temible bandolero y ladrón.

—No supongas eso —replicó Leza, uno de los mercaderes—. Si bien es ladrón, también es cierto que es un hombre noble y como tal se ha comportado con mi hermano, como podría contarles a modo de ejemplo. Ha hecho de toda su banda hombres ordenados y, en tanto que él domine el desierto, ninguna otra banda se atreverá a aparecer. Tampoco roba como los demás, sino que cobra a las caravanas un dinero por su protección, y, si se le paga voluntariamente, se continúa sin peligro, pues Orbasán es el dueño del desierto.

Los viajeros hablaban entre ellos en la tienda, pero los vigías situados en torno al campamento empezaban

a inquietarse. Como a una media hora de distancia se divisaba un número bastante considerable de jinetes armados, que al parecer se dirigían hacia el campamento. Uno de los hombres de la guardia se dirigió a la tienda para anunciar que probablemente serían atacados. Los comerciantes discutían entre ellos qué habría que hacer: si salirles al paso o esperar el ataque. Ahmed y los dos comerciantes ancianos eran partidarios de esto último, pero el fogoso Muley y Zaleuco aconsejaban lo primero y trataban de atraer a su opinión al extranjero. Pero este sacó tranquilamente un pañuelo azul con estrellas rojas de su cinturón, lo ató a una lanza y ordenó a uno de los esclavos que la colocara sobre la tienda; dijo que apostaría su vida a que, al ver esa señal, los jinetes pasarían de largo. Muley no creía que tuviera éxito, pero el esclavo emplazó la lanza sobre la tienda. Entretanto, todos los que estaban en el campamento habían cogido las armas y observaban a los jinetes en una tensa espera. Estos vieron al parecer la señal sobre la tienda y de repente se desviaron de la dirección del campamento y, describiendo un amplio arco, continuaron hacia un lado.

Los viajeros se quedaron algunos momentos perplejos y tan pronto miraban a los jinetes como al extranjero. Este

permanecía indiferente, como si nada hubiera sucedido ante la tienda, contemplando la llanura. Por fin, Muley rompió el silencio:

—¿Quién eres tú, poderoso extranjero —exclamó—, que con una señal dominas a las hordas salvajes del desierto?

—Subestimas mi poder —respondió Selim Baruj—. Me he provisto de esta señal al huir de la prisión. No sé yo lo que puede significar, solo sé que quien viaje con ella tendrá una fuerte protección.

Los mercaderes dieron las gracias al extranjero y lo consideraron su salvador. Ciertamente, el número de jinetes era tan grande que la caravana no habría podido resistir mucho tiempo.

Con el espíritu más aliviado se entregaron al descanso y, cuando el sol comenzó a ocultarse y el viento de la noche sopló sobre la llanura de arena, se pusieron en marcha y continuaron su camino.

“Era un hecho tan insólito ver a un jinete solitario cruzar el desierto, que los guardianes de la caravana, temiendo un asalto, le recibieron con sus lanzas....

Colección
Lima Lee

